

# MAESTRAS DE ESCRITORES

NURIA AMAT

**E**n el extenso mundo de la literatura hispana, las escritoras siguen siendo consideradas sombras chinescas de la escena literaria. Siluetas remotas y repetidoras de aquellas manos masculinas responsables de producir las llamadas “verdaderas” obras de la literatura. La presencia difusa con que son observadas novelistas, ensayistas y poetas invita a dudar de su auténtica luminosidad. Existen pero no existen. A algunas se las considera autoras notables pero, con toda seguridad, no lo suficientemente significativas como para formar parte de un elenco de figuras literarias conformado por hombres.

Me sigue sorprendiendo que hasta ahora nadie, que tenga noticia, se haya preguntado nunca sobre las razones de la ausencia de narradoras en el movimiento de la novela latinoamericana de los años sesenta más comúnmente conocido como *Boom*. Fenómeno histórico sabiamente explicado por mi admirado y querido amigo el escritor José Donoso. Basta con echar una ojeada al importante libro del autor chileno *Historia personal del boom* y comprobar que allí no hay nada de María Luisa Bombal, Elena Garro,

Clarice Lispector o Silvina Ocampo, por dar tres ejemplos de novelistas originales y cosmopolitas de la época que, rompiendo viejas formas narrativas, hicieron de la novela la forma literaria y artística por excelencia.

En las letras hispanas, a diferencia de otros países culturalmente más evolucionados, narradoras, ensayistas y poetas de alta categoría continúan ocupando un inferior, y a veces invisible, peldaño en la escalera de la tribuna literaria. No es mi intención hablar de porcentajes ni cuotas. Y menos en una profesión en la que el número de mujeres dedicadas a la palabra escrita es bastante más elevado que en otros trabajos de responsabilidad artística e intelectual equiparable. Pero mi preocupación ahora se circunscribe solo a la buena literatura, evitando desplazarme hacia otros satélites voladores del mercado de entretenimiento libresco. Literatura: raro país habitado por escritores siempre escasos, y con tendencia a volverse cada día más pequeño y percedero, pero donde desgraciadamente las autoras siguen sin figurar en la patria artística y académica reservada a los varones. ¿No será que nuestro querido mundo latino,

hombres y mujeres, sigue siendo machista mal nos pese reconocerlo?

## Escritoras extranjeras

Esta anomalía, que insisto, no se da con igual contundencia en Norteamérica y otros países europeos, aumenta en extravagancia al comprobar que los lectores hispano hablantes reciben con mayor seriedad y admiración a las escritoras extranjeras que a las propias. Actitud que paradójicamente deja de adoptarse con los escritores paisanos. Los autores de casa suelen ser considerados, sino mejores que los foráneos, sí más importantes. Para limitarme solamente a hablar de escritoras vivas: ¿Qué tienen la austriaca Elfriede Jelinek o la canadiense Alice Munro que no tenga también la mexicana Ángeles Mastretta o la española Chantal Maillard?

Estas autoras no se intimidan al exponer sus desacuerdos con el orden inquisitorial de muchos de los avatares poéticos. Basta con leer sus libros, conferencias o entrevistas para darse cuenta de qué manera tan sutil y al mismo tiempo tan contundente las escritoras expresan sus discrepancias con respecto a la recepción crítica y académica que reciben los libros escritos por las mujeres sabias.

¿Son por ello escritoras feministas como en muchas ocasiones las califican? Desde luego que no. Son autoras particulares, portentosas, dueñas absolutas de una literatura caracterizada en primer lugar por la verosimilitud y la visión crítica de la sociedad en la que vivimos. Una sociedad, la retratada por la mayoría de estas escritoras, en la que la mujer aparece como la extraviada del reino sabiendo sacar el mejor partido de su marginalidad impuesta. Imagínense por un momento el dislate que representaría si alguien escribiera que Thomas Bernhard, conocido por su misoginia, es un escritor machista. Algunas de estas autoras sabias han conseguido ganar determinados premios literarios importantes normalmente reservados a los autores-hombres. Al fin y al cabo, siempre habrá críticos preparados para reconocer la buena literatura independientemente del sexo que tenga su autoría.

## Ángeles Mastretta

“Este año pasaron muchas cosas en este país. Entre otras, Andrés y yo nos casamos”. La frase, de gran potencia literaria, aparece en las primeras páginas de la novela *Arráncame la vida*

de la escritora mexicana Ángeles Mastretta y define el núcleo esencial de la misma. Novela histórica, dentro de la tradición de la Revolución Mexicana equiparable a la de los mejores escritores mexicanos y situada a un parecido nivel de exigencia que la de sus maestros antecesores y contemporáneos como, por nombrar solo algunos, *La sombra del caudillo* de Martín Guzmán, *Los de abajo*, de Mariano Azuela, *Pedro Páramo* de Juan Rulfo o *La región más transparente* de Carlos Fuentes.

En ella, Mastretta utiliza un estilo altamente original en el sentido que siendo un lenguaje fácil en apariencia alcanza en muchas ocasiones la rareza narrativa de los escritores del *Boom*. Pero, además, opta como narradora por trabajar un punto de vista femenino muy novedoso en la literatura mexicana. Su obra obedece al prototipo de escritora amada y leída por mujeres y silenciada u observada con suspicacia por una mayoría de lectores varones. Es sin duda una autora de éxito. Especialmente, si comparamos su andadura literaria con otras grandísimas escritoras hispanas que siguen viviendo en el limbo de las que nunca ganarán el cielo. Por citar solamente algunas de ellas seguiré hablando de Elena Garro, María Zam-

brano, Carmen Laforet o Rosario Castellanos. Ocul-tadas total o parcialmente por el mercado editor, la academia, los premios la crítica, los honores y los amigos lectores. Al igual que les sucedía cuando todavía seguían vivas, hoy “las grandes” continúan siendo tratadas como “las hermanas pequeñas” de Fuentes, Rulfo, Ortega Gasset, Paz. Las hijas menores de la mansión familiar, tal y como escribía Emily Dickinson refiriéndose con ironía a ella misma y a su insignificante lugar en el mundo.

¿Dónde las situamos? Esta es la pregunta que consciente o inconscientemente se formulan quienes deben escribir sobre novelistas mujeres, editarlas o rendirles un pequeño homenaje. ¿Y si las “enterramos” en el grupo “Literatura de mujer”? Suele ser la opción más utilizada. Agruparlas en manada para, por un lado, salvarlas de un silencio que resultaría demasiado obvio además de políticamente incorrecto y, por otro, seguir marginándolas.

### ‘Literatura femenina’

El superado y manoseado “boom” de la novela femenina, demasiado suspicaz para ser tomado en serio, ha traído como contrapartida infeliz la desestima de aquellas escritoras de primera fila raptadas en el mismo vuelo

mercantil y utilitario. La expresión “libros para mujeres”, colocada como presentación o explicación de las obras de determinadas autoras, nunca es inocente. En un principio, el mercado editor sospechó que añadir el sello “mujer” a determinados libros incrementaría las ventas. Y así ha ido sucediendo durante unos años. Con el tiempo y la madurez en la reivindicación de los derechos feministas, el criterio no sólo ha dejado de ser efectivo sino que ha contribuido a dañar la seriedad en la producción literaria de firmas del otro sexo. No todas las escritoras somos Simone de Beauvoir. La globalización ha expulsado de su radio de acción cualquier tipo de etiquetas fronterizas. Y por otra parte, las mujeres están cansadas de leer novelas que no solamente cuentan el desprestigio de sus vidas deprimidas sino que, por si no fuera bastante fastidioso contemplarse en el mismo espejo indeseado, están escritas en el estilo rudimentario que cualquier lectora sin ambición literaria usaría para escribir un libro.

Se inculpa a grandes escritoras, en la mayoría de los casos sin haber leído sus libros, de manejar un punto de vista demasiado femenino en los argumentos elegidos para sus novelas y en el

tratamiento de los mismos. El feminismo en las novelas de las autoras más apreciadas es visto como una tara o una excusa para no conceder a sus obras la categoría poética y reflexiva que tienen. Se reprocha a las escritoras la repetición de los mismos temas: amor y desamor, violencia de género, prostitución, adulterio, autobiografía. Sin embargo, echando un vistazo por la historia universal de la novela comprobaremos que estos son también los asuntos y contenidos de numerosas de las mejores novelas escritas por hombres.

*Madame Bovary* de Gustave Flaubert es un gran tesoro de miradas, chismografía y perspectivas femeninas, los mismos condicionantes utilizados para censurar las mejores novelas escritas por mujeres. Acercándonos en el tiempo, la novela más leída en la actualidad se titula *Los hombres que no amaban a las mujeres* y forma parte de la trilogía póstuma del escritor sueco Stig Larsson. Este libro, sin ir más lejos, se caracteriza, a grandes rasgos, por desbordar feminismo por todos los orificios de las letras y, por extraño que me siga pareciendo, ni lectores ni críticos ha ridiculizado la particularidad esencial del libro: feminismo puro y duro entregado con astucia al lector incauto.

Leyentes de un solo libro, el llamado libro de la temporada, celebran estrepitosamente la novela de Larsson sin reflexionar un segundo sobre las consignas a favor de los derechos de la mujer de las que está impregnada y que, por otro lado, los lectores llamados selectos reprueban o minimizan cuando aparecen en los libros escritos por mujeres. Ni la novela del célebre autor francés ni mucho menos la trilogía del sueco son calificadas nunca de literatura feminista. Y lo son en alto grado. Especialmente, la obra del último.

Los escritores hispanos pueden trabajar sin peligro a que les cuelguen protocolos de admisión en el reino de las letras. No ocurre igual con las narradoras, obligadas siempre a justificar su postura como autoras de obras literarias. Se trata de una explicación tipo a la que se ven sometidas continuamente las escritoras. A ellas, y no a ellos, se les exige el deber de demostrar continuamente su esencia de novelistas o poetas. Se las coloca en la triste tesitura de ser escritoras que todavía deben pedir disculpas por serlo.

### Novela y melodrama

Nadie sensato podría aceptar que un autor como Gabriel García Márquez tuviera que enfrentarse en actitud reivindicativa ante un tribunal severo y dudoso de que su novela *El amor en los tiempos del cólera* fuese o no una obra literaria. Y mucho menos, dudas de calidad aparte, se le impusiera al maestro defender su novela con la frase rocambolesca “es una historia y no un melodrama” debido a que, felizmente para sus lectores, la forma y composición de esta espléndida obra

guarda felices coincidencias con aquellas obritas en las que se buscaba conmovedor fácilmente la sensibilidad del público lector mediante la exageración de los aspectos sentimentales, tristes y extravagantes. Me consta que el tono exagerado de sentimientos ha sido un ejercicio estético buscado y conseguido por el colombiano.

Vamos un poco más allá y comprobaremos, sin extrañeza, que la novela en general sigue viviendo de esta farsa emotiva llamada melodrama dado que en el mundo misterioso de las escrituras, según la antigua definición de Rousseau, el melodrama es un tipo de drama en el cual las palabras y la música en lugar de caminar juntos se presentan sucesivamente y donde la frase hablada es en cierta manera anunciada y preparada para la frase musical. Añade Rousseau que “en estos relatos tan modernos el mundo se divide en buenos y malos y se busca conmover al lector con recursos efectistas. Los personajes no tienen posibilidad de elección. Las situaciones son inverosímiles. La gama va de la desgracia a la absoluta felicidad”.

El autor del *Contrato social* fue la primera persona dedicada a inventar la definición de melodrama. Hoy se mostraría muy sorprendido de poder constatar que al hablar de melodrama estaba definiendo sin saberlo parte del movimiento literario aparecido tres siglos más tarde bautizado como “realismo mágico” y consistente en dar verosimilitud interna a lo real fantástico. Corriente literaria creada, como no nos cansaremos de repetir, en América Latina y expandida con fortuna por el mundo entero.

Nadie sensato se atrevería a calificar un Borges, un Carpentier o un Fuentes de escritores criollistas debido a que algunas obras de estos autores lucen “irónicos” ribetes regionalistas justamente por una voluntad expresa por parte de sus importantísimos creadores por superar el regionalismo algo provinciano de sus predecesores como lo fueron Quiroga, Gallegos o Rivera.

Y, sin embargo, se da como algo natural que las escritoras de alto nivel literario, precisamente por serlo, se vean obligadas a moverse por el ancho mundo con una pancarta anunciando la frase rompedora: “Escribimos novelas. No productos feministas”. En cambio, nunca se le exigirá a un Leon Tolstoi tener que admitir que *Guerra y paz* es sobre todo una novela y no un producto antibelicista.

### Mensaje y sexismo

Crítica y lectores persisten en creer que las escritoras, al contrario que los escritores, suelen limitarse a asumir una postura feminista de denuncia en su obra. Dicho sencillo y claro: que el mensaje mata la calidad de su trabajo. Cuando es de sobras conocido en el ámbito de la creación artística que toda obra literaria suele ser eco más o menos velado de desacuerdo con una realidad social que disgusta o altera al artista. Del éxito en saber subvertir el lenguaje para que lo dicho se diluya en lo no dicho radica la diferencia entre un escritor o escritora de obra menor y otro de primera línea. Novelas como *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro, *Nada*, de Carmen Laforet o *Espejo roto*, de Merçè Rodoreda son importantes y originales por

que el lenguaje de sus narrativas trasciende cualquier clase de mensaje tópico propio de tantas novelas productos publicadas en nuestros días.

¿La literatura tiene sexo? Yo siempre tiendo a responder que varios y de todo tipo. Pero al parecer, son muchas las lectoras que no solamente aman los libros escritos por hombres sino que además rechazan aquellos escritos por mujeres. Como también, según rezan las estadísticas, hay una gran mayoría de hombres que jamás leen novelas que lleven nombre de mujer en su autoría.

Pero las razones que sirven para explicar la realidad sexista de la lectura, que no de la buena literatura, son mucho más serias de lo que pretenden vendernos. La educación escolar y universitaria actúa con criterio injusto al obligar a los alumnos la lectura de libros de escritores y silenciar aquellos escritos por las escritoras. Esta postura tomada por muchos responsables de la formación cultural proviene de asumir, de forma consciente o no, que la literatura escrita por mujeres es una literatura de y para señoras. Por tanto: no sería. No digna. No merecedora de aprendizaje.

Hará solo un par de años quedé atónita al descubrir que la lista de los diez libros de literatura en castellano obligada a los alumnos de bachillerato en Cataluña, estaban escritos en su totalidad por hombres. De García Márquez a Delibes pasando por Cela y por Mendoza. Los responsables de ocasionar tal incoherencia es posible que ni se hubieran percatado de la exclusión que estaban ejerciendo en relación a la otra mitad de la población mundial. Que las escritoras

siguieran formando parte de la periferia de la literatura lo daban por supuesto. Ni tan solo consideraban que debían estar allí.

De Ángeles Mastretta acabo de leer en un periódico la siguiente frase: “Más conocida por ser una autora y periodista feminista que escribe sobre la mujer y sobre la realidad política y social de México”. Imaginemos, por un momento, que alguien se atreviera a decir sobre Juan Goytisolo o Fernando Vallejo, escritores universales, una barbaridad parecida: que “escriben sobre hombres” o que son “periodistas machistas”. Y sin embargo, admitimos con toda naturalidad la sordina con la que son vestidas escritoras importantes o aplaudimos cuando se las reduce a clichés baratos. Y esta forma de actuar con relación a las escritoras obedece, por extraño que parezca, a una invisibilidad buscada y promovida por los sectores de la población pensante. Ellas sólo cantan boleros. Ellos, por el contrario, se ocupan de escribir cosas serias y dignas de ser leídas. Ellos son los maestros. Ellas las alumnas. Díscolas, muchas veces. Silenciadas casi siempre y en algunos casos resentidas. Ellos: reconocidos como novelistas o poetas. Ellas segregadas como feministas.

### Autores y autoras

¿Y cual es la actitud de los autores respecto a sus colegas las autoras? ¿Las leen? ¿Las celebran? ¿Las ignoran? Para responder estas preguntas me ajustaré a lo visto y oído durante mi vida de escritora y lectora.

La actuación de muchos escritores, en su valoración positiva, negativa o nula de

las escritoras, suele depender casi siempre de su personal valía como creadores. Pocos saben que Juan Rulfo, entre otros autores admirados y de los que conquistó notables influencias, tuvo también una gran maestra secreta en su vida de lector convulso, sobre las que habló poco pero a la que siguió en su andadura poética y narrativa y de la que tomó prestados algunos de sus hallazgos narrativos. Es el caso de la escritora chilena María Luisa Bombal, autora de *La amortajada*, novela cuya lectura Rulfo, dicho sea de paso, tuvo muy en cuenta para la creación de su obra máxima.

Cuando en 1972, Juan Rulfo tuvo la oportunidad de volver a encontrarse con María Luisa Bombal, refiriéndose a este reencuentro el mexicano dijo lo siguiente: “Recordamos cómo nos habíamos conocido y le agradecí su apreciación de mi obra; le dije que sus páginas habían inspirado varias calles de Comala y dijo sentirse honrada”. Hay, por supuesto, quien reconoce en Bombal una de las más altas expresiones de la literatura hispana. Pero, por lo general, esta valoración pasa desapercibida para la mayoría de mortales. Y, salvo algún testigo entregado a escribirlo y publicarlo, todavía se recuerda menos que justamente Bombal y Rulfo iniciaron “el trazo pionero del realismo mágico”. No en vano escribió Jorge Luis Borges sobre la novela *La amortajada*: “Libro que no olvidará nuestra América”. ¿Se equivocó Borges en su vaticinio o ha sido el mundo quien prefiere seguir ignorándolo?

Escritoras admiradas más o menos calladamente por

sus colegas escritores, junto con las sobresalientes Clarice Lispector, Rosario Castellanos y Elena Poniatowska, contribuyeron a hacer de la novela latinoamericana la forma artística por excelencia. De ellas bebieron todos los novelistas influidos por Rulfo. De Rulfo, Garro, Pizarnik y Lispector seguirán bebiendo otras generaciones. Y, con todo, ¿quién se detiene a recordar ahora a aquellas grandes autoras de originalidad admirable? ¿Por qué, insisto, no hubo el menor rastro de “las grandes” en el mediático boom latinoamericano?

Sin duda, a muchos escritores les produce urticaria tener que competir con autoras de nivel literario similar o superior a ellos. Al mismo tiempo, resulta sorprendente que suelen ser los narradores más genuinos y rompedores los dispuestos a elogiar la obra de aquellas escritoras que consideran relevantes y escriban sobre ellas sin reparos ni temor a perder su lugar en el altar de la literatura. Como resulta chocante que los escritores menos brillantes sean casi siempre los que opten por esconder a sus rivales mujeres o los que al ser requerida su opinión sobre otros colegas de oficio se limiten a colocar en su lista de honor nombres exclusivamente masculinos. El Nobel Camilo José Cela no soportaba que se relacionara su libro *La familia de Pascual Duarte* con la novela *Nada* de Carmen Laforet; y son conocidas sus maniobras llevadas a cabo para apartar a una de las figuras más importantes de la literatura española. Durante muchos años apenas se habló de la novelista. Malas lenguas cuentan que mientras vivió

logró ocultar a Laforet de los lectores y críticos nacionales y extranjeros. Perdiendo al final la batalla más inútil de su vida.

Otro buen prosista, Francisco Umbral, aprovechó su necrológica sobre Laforet para seguir hablando mal de la autora española más traducida en el mundo (junto con el otro grande García Márquez). “Leí su novela *Nada* el año 50 estando yo en la cama con tuberculosis. El libro prestado me lo llevó mi madre. Me gustó mucho hasta la mitad. La segunda mitad me pareció una indigestión de novela. Y lo mismo escribiría más tarde Juan Ramón Jiménez “

Lo más patético de la necrológica no estaba tanto en la opinión negativa de Umbral sobre la novela de Laforet como la trampa que completaba su dictamen añadida para que el posible lector diera por supuesto que el poeta de Moguer había escrito un texto denigrando a la autora cuando la verdad, según muestran los archivos, es que dedica varias páginas a celebrar a la joven escritora con las mejores y merecidas alabanzas literarias. A los escritores realmente significativos nunca les ha importado reconocer que hay otras plumas tan valiosas como las suyas danzando por el globo libresco. Son los mediocres y oscuros los responsables de utilizar falsos argumentos y amaños rastreros para tratar de ocultar una luz que al fin conseguirá brillar y siempre contra sus detractores.

Nuria Amat es escritora. Autora de  
XXXXXXXXXXXXXXXXXX



